

que me pierda algún diamante, como sucedió el año pasado. Bien recuerdas lo que ese diamante nos cuesta, y sabe Dios lo que nos costará todavía. Félix, ya que no duermes levántate á dar de beber á tu madre.

— No quiero, no quiero, dijo ésta, ya me esperaré porque ese muchacho va á helarse.

— El mismo frío tendré levantado que en la cama, observó el niño poniéndose en pie.

— Acabemos, gritó Morel con voz amenazadora para sacar de allí á la suegra que se empeñaba en coger el rubí.

— Madre, gritó Félix, el agua del cántaro esta helada.

— Rompe el hielo, contestó Magdalena.

— No puedo, porque está muy duro.

— Morel, gritó la enferma, rompe ese hielo, ya que no tengo otra cosa para beber, beberé agua : pero por Dios no me dejes morir de sed.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! dadme paciencia. ¿ Cómo quieres que lo haga, mujer, si dejas aquí á tu madre ?

En efecto no podía deshacerse de la abuela que irritada por la resistencia del yerno rugía como una furia. Llámala, dijo Morel á su mujer, podrá ser que te haga caso.

— Madre mía, idos á acostar ; no alborotéis la casa, y os prometo que mañana os daré café.

— Esto, esto, volvió á decir la idiota insistiendo en coger el rubí á todo trance. Morel procuró rechazarla con dulzura, pero fué en vano.

— Si no la amenazas con el látigo, gritó Magdalena, no adelantarás nada ; ya sabes que no hay otro remedio.

— Tienes razón, pero aunque esté loca me repugna mucho amenazar con el látigo á una pobre anciana. Y en seguida dirigiéndose á la vieja que procuraba morderle y á la cual él contenía con una mano, gritó con voz terrible : Si no os acostáis al momento cojo el látigo. Viendo que estas amenazas eran inútiles, agarró el látigo que estaba encima de la mesa, lo hizo chasquear y amenazó á la abuela diciéndole : Á la cama ahora mismo, á la cama. Al oír el chasquido la vieja se retiró de pronto, no sin gruñir entre dientes y sin dirigir á su yerno coléricas miradas. Á la cama, á la cama, gritó éste haciendo chasquear otra vez el látigo. Entonces la [vieja se fué lentamente á su escondrijo andando hacia atrás y amenazando al yerno, que deseoso de terminar aquella escena cruel para dar de beber á su esposa, se adelantó hasta la abuela, haciendo chasquear el látigo y diciendo : Á la cama, á la cama.

La vieja estremecida rugió con furor, se arrojó sobre el lecho y se acurrucó en él como un perro en la perrera, siempre refunfuñando. Los niños espan-

tados porque creyeron que su padre había pegado á la vieja, gritaron todos á una : No peguéis á la abuela, pobrecita.

Es imposible dar una idea del triste efecto de aquella escena nocturna, acompañada de los gritos de los niños, de los furiosos rugidos de la idiota y de los dolientes ayes de la infeliz mujer del lapidario.

XIX

LA DEUDA

Muy lejos estaban aquellas escenas de ser una novedad para aquel artesano y sin embargo, arrojando el látigo sobre la mesa y con acento desesperado gritó : ¡ Qué vida, Dios mío, qué vida !

— ¿ Y tengo yo la culpa, exclamó Magdalena llorando, de que mi madre haya perdido el juicio ?

— ¿ Y la tengo yo ? preguntó Morel. ¿ Qué es lo que yo pido ? Nada más que matarme trabajando para todos vosotros. Estoy en la faena día y noche sin quejarme nunca, y haré lo mismo mientras pueda : pero es imposible trabajar y ser al mismo tiempo guardián de un loco, sin perjuicio de cuidar á un enfermo y de los chiquillos ; no, el cielo no es justo ; esto es insufrible miseria. Y así diciendo dejóse vencer por la desesperación, y se sentó en el banquillo cubriéndose el rostro con las manos. Magdalena dijo entonces con voz quejumbrosa : ¿ Cómo quieres que yo lo remedie si en el hospital no han querido admitir á mi madre, porque no está bastante loca ? ¿ Qué adelantas atormentándote por lo que no puedes remediar ?

— Nada, dijo el artesano enjugándose una lágrima, tienes razón ; pero cuando uno se ve rodeado por tanta miseria, á veces no es dueño de sí mismo.

— ¡ Dios mío ! exclamó Magdalena, me muero de sed, y la fiebre me abrasa.

— Espera, espera, voy á darte de beber.

Morel cogió el cántaro, y después de romper con mucho trabajo la capa de hielo que cubría el agua, llenó con aquel fríasimo líquido una taza, y se fué para la cama de su mujer, que con la mayor ansia extendía hacia él las manos. No, dijo Morel reflexionando, con la calentura que tienes, te hara daño el agua tan fría.

— ¿ Me hará daño ? No importa, exclamó Magdalena con amargo acento, dámela cuanto más pronto acabe, mejor ; esto te desembarazará de mí, y no tendrás que ser enfermero, porque no habrá enfermo.

— ¿ Por qué me hablas así Magdalena ? No creo haberlo merecido : no aumentes mis pesadumbres porque apenas tengo la razón y la fuerza necesaria

para trabajar. Mi cabeza no está muy segura y si no pudiera resistir más entonces ¿qué sería de vosotros? Por vosotros lo sentiría; que si fuera solo el río está cerca.

— ¡ Pobre Morel ! dijo la esposa enternecida, tienes razón, he hecho muy



Morel cogió el cántaro.

mal en decirte eso, pero no te enojés; mi intención era buena, porque al fin hace diez y seis meses que estoy en la cama y soy tan inútil para ti como para nuestros hijos. Me muero de sed, dame agua por Dios.

— Espera, que primero voy á calentar la taza entre las manos.

— ¡ Tan bueno como eres, y yo te trato con tanta dureza !

— ¡ Pobre mujer mía! esto consiste en que estás enferma, y cuando uno padece tiene mal genio : dime todo lo que quieras pero no que desees privarme de ti.

— ¿ Y para qué te sirvo?

— ¿ Y para qué nos sirven nuestros hijos?

— Para obligarte á trabajar más.

— Y gracias á vosotros tengo fuerzas para trabajar veinte horas al día, aunque me cuesta volverme contrahecho. ¿ Y crees tú que si eso no fuese, trabajaria yo en este oficio? No, no, ya hubiera dado fin con mi vida.

— Lo mismo hubiera hecho yo : á no ser los hijos, tiempo hace que te hubiera dicho que los dos acabáramos de una vez; ¡ pero esas criaturas!

— He aquí pues, dijo Morel con una ingenuidad admirable, como son buenos para alguna cosa; toma, bebe, pero á sorbos que está muy fría.

— Gracias, gracias, dijo Magdalena bebiendo con afán.

— Basta, basta.

— Está demasiado fría, dijo la enferma devolviendo la taza, ahora tengo más calofríos que antes.

— Ya te lo decia yo. ¿ Te duele algo?

— No tengo fuerza para temblar : me parece que todo mi cuerpo está metido en un montón de nieve.

El marido se quitó la chaqueta, púsola encima de los pies de su mujer y se quedó con el cuerpo desnudo, porque el infeliz no llevaba camisa.

— Vas á helarte.

— Si tengo mucho frío, ya me la volveré á poner.

— Qué es lo que nosotros hemos hecho, exclamó Magdalena, para ser tan desgraciados, cuando otros....

— Chicos y grandes todos tienen pesares.

— Sí, pero los grandes tienen pesares que no les hacen doler el estómago, ni tiritar de frío. Cuando pienso que con el valor de uno de esos diamantes que tú pules, tendríamos con que vivir cómodamente nosotros y nuestros hijos, es cosa que me trastorna. ¿ Y para qué les sirven esos diamantes?

— Si de todo preguntásemos para qué sirve, sabe Dios adonde iríamos á parar. También podrias preguntar para qué le sirve á ese caballero á quien madama Pipelet llama comandante, haber alquilado el primer piso y tener en él buenos colchones, estufas y ricos muebles, supuesto que él vive en otra parte.

— Por supuesto. Con todo eso habria para aviar por mucho tiempo á varias familias pobres como la nuestra, sin contar con que madama Pipelet enciende la chimenea del cuarto para que la humedad no eche á perder los muebles.

¡ Tanto calor perdido, mientras nosotros y nuestros hijos nos estamos helando ! Esto es cosa muy cruel.

— Como otras muchas: pero ellos no saben lo que es la miseria: nacen felices, viven felices y mueren felices. ¿ Y con qué motivo quieres que piensen en nosotros? Además, ten por cierto que no lo saben, porque ¿ cómo es posible que se formen una idea de nuestras privaciones? Si tienen hambre, están alegres porque comen con gusto: si hace frío, tanto mejor, le llaman á eso *buen tiempo*, se van á dar un paseo á pie, al volver á casa se sientan al lado de la chimenea; de manera que no pueden compadecernos mucho, porque para ellos el frío y el hambre constituyen un placer. No lo saben, te digo que no lo saben, y en su lugar nosotros haríamos lo mismo.

— Entonces los pobres son mejores que todos ellos porque unos á otros se auxilian. Esa buena señorita Alegría, que tantas veces nos ha velado en nuestras enfermedades, ayer se llevó á Jerónimo y á Pedro para repartirles su cena, que por cierto consiste en una taza de leche y un poco de pan. Á su edad se tiene mucho apetito, y se privaría de comer.

— ¡ Pobre muchacha! es muy buena; y esto consiste en que conoce la miseria: es lo que yo te decía. Si los ricos supiesen...

— Y aquella señora que vino ayer tarde tan azorada á preguntarnos si necesitábamos algo, esa bien sabe ahora lo que es la miseria, y sin embargo no ha vuelto.

— Acaso volverá. Es verdad que estaba como asustada, pero su aspecto me pareció bueno.

— ¡ Oh! para ti, basta ser rico para tener razón: no parece sino que los ricos son de distinta masa que los pobres.

— Yo no digo eso, replicó Morel con dulzura, pero digo que ellos tienen sus defectos, y nosotros los nuestros. La desgracia está en que ellos no saben estas cosas; y también en que hay mucha gente empleada para descubrir á los pícaros que han cometido algún delito, y no la hay para descubrir á los artesanos, hombres de bien y cargados de familia que se mueren de miseria, y que por falta de un socorro dado á tiempo, algunas veces caen en ciertas tentaciones. Bueno es que se castigue el mal, pero quizás sería mejor impedirlo. Si después de cincuenta años de ser honrado, la miseria y el hambre os aconsejan el mal, he aquí un pícaro más, mientras que si á tiempo hubiesen sabido.... ¿ Pero de qué sirve pensar en esto? El mundo es así, yo como un pobre hablo de este modo y si fuese rico hablaría de fiestas y de placeres. Y bien ¿ cómo estás?

— Lo mismo: las piernas no las siento; pero tú tiemblas, ponte la chaqueta y apaga la vela, porque ya está amaneciendo.

En efecto, la pálida luz del alba atravesando difícilmente la nieve que obstruía la claraboya, empezaba á arrojar una triste claridad en el interior de

aquel recinto, y hacia su aspecto aún más horroroso, porque la sombra de la noche ocultaba una parte de tantas miserias.

— Esperaré que entre más el día para ponerme á trabajar, dijo el lapidario sentándose en la pajaza donde yacía su mujer, que después de un rato de silencio, le preguntó cuando debía ir la señora Matea á buscar las piedras en que trabajaba.

— Esta mañana: ya no me falta pulir más que una faceta de un diamante falso.

— ¿ Cómo falso? ¡ tú que no trabajas más que cosas finas, á pesar de lo que en esta casa se cree!

— ¿ Pues no lo sabes? Pero no, ahora me acuerdo que cuando vino el otro día la señora Matea estabas durmiendo; me entregó diez diamantes falsos, esto es, diez trozos de cuarzo, para que los trabajara de la misma magnitud y de la misma forma que igual número de piedras finas que me trajo, que son esas que están con los rubies. En mi vida he visto diamantes más hermosos. Esas diez piezas valen sesenta mil francos.

— ¿ Y por qué te los hace imitar en piedras falsas?

— Una gran señora á quien pertenecen, que creo que es una duquesa, ha encargado al joyero Mr. Baudoin que le venda su aderezo y le mande hacer en lugar de aquél otro igual, pero de piedras falsas. La señora Matea, que hace los encargos de Mr. Baudoin, me contó todo esto al traerme las piedras finas, para que yo dé á las falsas el mismo corte y la misma forma, y se encargó igual trabajo á otros cuatro lapidarios, porque se trata de cuarenta ó cincuenta piedras. Yo no podía hacerlo todo para hoy, pues Mr. Baudoin necesita tiempo para engastar las piedras falsas. La señora Matea dice que muchas veces sucede eso de que las señoras del gran tono cambien las piedras verdaderas por las falsas, aunque siempre lo hacen á escondidas.

— Las piedras falsas hacen el mismo efecto que las finas, y las grandes señoras que no llevan eso sino para adornarse, nunca piensan en sacrificar un diamante para socorrer una familia desgraciada como la nuestra.

— ¡ Pobre mujer! el dolor te hace injusta. ¿ Quién sabe que nosotros somos desgraciados?

— ¡ Qué hombre, qué hombre! Aunque te hicieran pedazos, darías las gracias. Morel se encogió de hombros como compadeciendo á su esposa.

— ¿ Cuánto te deberá esta mañana la señora Matea? preguntó Magdalena.

— Nada; porque me tiene adelantados 120 francos.

— ¡ Nada! pues antes de ayer dimos fin con el último franco.

— Si, sí, dijo Morel con aire abatido.

— ¿ Y qué vamos á hacer?

— No lo sé.

— Y el tahonero, no quiere darnos más pan al fiado.

— Ya sé, que ayer madama Pipelet nos prestó media libra del suyo.

— ¿Y no nos prestará nada la señora Gertrudis?

— ¿Prestarnos dices? ¿sobre qué nos prestará si tiene ya todo nuestro ajuar? ¿Sobre nuestros hijos?

— Pero mi madre, tú y los chicos no comisteis ayer más que una libra y media de pan entre todos, y no es posible que os muráis de hambre; tú tienes la culpa, porque este año no has querido que figurara tu nombre en la lista para las limosnas.

— No continúan en ella más que los pobres que tienen muebles, y nosotros no tenemos ninguno; y además como no hay quien nos proteja, habría tenido que ir y volver cien veces á la oficina, perdiendo en esos viajes más de lo que vale la limosna.

— Pues entonces, ¿qué es lo que hacemos?

— Acaso esa señora que vino ayer no nos olvidará.

— Sí, cuenta con ella. Es imposible que la señora Matea, por quien trabajas hace diez años, no te preste siquiera cinco francos: no dejará en semejante angustia á un artesano honrado que tiene tanta familia.

— No creo que pueda prestarme nada, porque poco á poco me ha adelantado 120 francos, que para ella son mucho dinero. Aunque hace negocios de diamantes y muchas veces lleva encima por valor de cincuenta mil francos, no es rica. Cuando gana cien francos al mes se cree feliz, y por otra parte tiene que alimentar á dos sobrinas, y cinco francos para ella son lo mismo que para nosotros. Además habiéndome hecho tantos adelantos, no es justo que se quiten el bocado de la boca ella y sus sobrinas.

— Eso es para corredores, y no para joyeros ricos que no se paran en esas frioleras; pero tú toda tu vida has sido un Juan Lanás y todos hacen de ti lo que quieren: por eso nos vemos en tanta miseria.

— ¡Por eso! exclamó Morel exasperado por esta reconvención injusta. ¿Acaso no es tu madre la causa de todas nuestras miserias? Si no hubiese debido pagar el diamante que ella perdió tendríamos dinero adelantado, tendríamos lo que gana con el jornal, y tendríamos los 1100 francos que hubimos de retirar de la caja de ahorros para añadirlos á los 1300 que nos prestó Mr. Ferrán, á quien Dios confunda.

— ¿Con qué te obstinas en no pedirle nada á ese hombre? Ya sé que es un avaro y que probablemente no adelantáramos nada pero bueno sería intentarlo.

— ¡Yo dirigirme á él! exclamó Morel: antes me dejaría asar á fuego lento; no me hables de ese hombre porque perdería el juicio. Al decir estas palabras la fisonomía del lapidario, comunmente dulce y resignada, tomó una expresión enérgica y sombría, púsose encarnado, levantóse del asiento y dió algunos pasos con

visible agitación. Á despecho de su aparente deformidad y flaqueza, la apostura y las facciones de aquel hombre respetable, expresaban una indignación generosa.

— Yo no soy malo, exclamó, y en mi vida he hecho daño á nadie; pero á ese notario le deseo todo el mal que me ha causado. ¡Dios mío! ¿Es posible que la desgracia que no he merecido, nos ponga á mí y á vosotros con los pies y las manos atadas á disposición de ese hipócrita? ¿Siempre tendrá derecho de hacer uso de sus riquezas para perder y corromper á cuantos quiera?

— Eso, eso, dijo Magdalena, encolerízate contra él y habrás adelantado mucho cuando te haya hecho meter en la cárcel como puede hacerlo cuando le dé la gana, por ese billete de 1300 francos, á cuyo pago fuiste condenado hace tres meses. Yo le odio tanto como tú, pero ya que dependemos de él...

— Dejar que deshonne á nuestra hija, ¿no es verdad? gritó el lapidario con voz de trueno.

— Calla por Dios, los chicos están despiertos y nos oyen.

— Tanto mejor, exclamó Morel con horrible ironía; eso será para esas dos niñas un buen ejemplo que las irá preparando: todo consiste en que el notario tenga capricho por alguna de ellas. ¿No dependemos de él, como siempre dices? Di otra vez que puede meterme en la cárcel, y que debemos abandonarle nuestra hija, ¿no es esto?

Al terminar esta imprecación rompió en sollozos, porque á su buena y honrada índole se resistía sostener por mucho tiempo ese tono de doloroso sarcasmo. ¡Oh! hijos míos! exclamó deshecho en llanto, pobres hijos míos! ¡pobre Luisa! ¡mi buena y hermosa Luisa! demasiado hermosa, y de ahí vienen todas nuestras desgracias. Á no ser tan bella ese hombre no me hubiera propuesto prestarme el dinero; yo soy bueno, yo soy honrado y laborioso: el joyero me hubiera concedido tiempo, yo no le estaría obligado á ese monstruo, y él no abusaría del servicio que me hizo para deshonar á mi hija, á quien yo no habría dejado en su casa ni un solo momento; pero no hay remedio, estoy en poder suyo. ¡Oh! ¡cuántos ultrajes obliga á devorar la miseria!

— ¿Pero qué hacer, si le dijo á Luisa: si te vas de mi casa hago meter en la cárcel á tu padre?

— Sí, la tutea como si fuese una mujer perdida.

— Si deja al notario, éste te hará prender; y mientras tú estés en la cárcel ¿qué haré yo con los hijos y con mi madre? Aunque Luisa ganase veinte francos en otra colocación ¿podríamos vivir con eso?

— Y qué! ¿permitiremos nosotros que Luisa se deshonne para que con esto nos procure lo necesario?

— Tú lo exageras todo; es verdad que el notario la persigue; pero bien sabes tú que ella es honrada.